



NUEVAS PERSPECTIVAS SOBRE EL SISTEMA MUNDIAL MESOAMERICANO

RELACIONES 99, VERANO 2004, VOL. XXV

Eduardo Williams*
EL COLEGIO DE MICHOACÁN

Ensayo-reseña del libro: Michael E. Smith y Frances Berdan (editores), *The Postclassic Mesoamerican World*, Salt Lake City, Utah University Press, 2003, 382 pp.

Durante el periodo Postclásico medio y tardío (ca. 1200-1521) las culturas mesoamericanas estuvieron integradas en un sistema mundial, o sea un universo de relaciones económicas, sociales y políticas que vinculaba a los diversos ámbitos ecológicos y culturales de la superárea a través principalmente del intercambio (que podía manifestarse como comercio, tributo, o bien entrega de regalos). En este ensayo se discuten los últimos trabajos sobre el sistema mundial mesoamericano, enfatizando los procesos que permitieron su formación y desarrollo.

(Mesoamérica, sistema mundial, intercambio, Postclásico)



NTECEDENTES

Durante las últimas dos décadas se ha registrado un gran incremento en las investigaciones sobre la Mesoamérica del periodo Postclásico (ca. 1200-1521 d.C.) por parte de arqueólogos, etnohistoriadores, historiadores del arte, epigrafistas y otros investigadores. Los trabajos reunidos en este volumen son un intento de sintetizar y analizar toda esta nueva información, valiéndose para ello del concepto del *sistema mundial mesoamericano*. El libro está dividido en seis partes: 1) un sistema mundial antiguo; 2) sistemas políticos; 3) redes económicas; 4) redes de información; 5) estudios de caso regionales; 6) síntesis y comparaciones. Los 38 artículos que se incluyen en el volumen fueron escritos por un total de 12 autores (arqueólogos, etnohistoriadores, historiadores del arte), quienes con sus aportaciones contribuyen a enriquecer las perspectivas analíticas sobre la cultura y economía de Mesoamérica en vísperas de la conquista española.

El sistema mundial mesoamericano es una perspectiva analítica que, tras de hacer su incursión en los estudios sobre Mesoamérica desde

* williams@colmich.edu.mx

hace algunas décadas, está cobrando nuevo ímpetu, lo cual queda de manifiesto con la reciente aparición del libro que se discute en estas páginas. Este breve ensayo tiene como objeto presentar al público lector el libro en cuestión, a la vez que comentar algunos puntos en torno a la aplicación de la teoría del sistema mundial –que originalmente había sido desarrollada para dar cuenta de la expansión del capitalismo a partir del siglo XVI en el Viejo Mundo (Wallerstein 1979)– a los estudios sobre Mesoamérica prehispánica. Según el planteamiento original, un sistema mundial

es un sistema social [...] que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación y coherencia [...] lo que caracteriza a un sistema mundial es el hecho de que la vida en su seno está en gran medida autoincluida, y que la dinámica de su desarrollo es en gran medida interna [...] [en] un sistema mundial [...] existe una división extensiva del trabajo [que] no es meramente funcional [...] sino geográfica, es decir, la gama de tareas económicas no está distribuida uniformemente a lo largo y lo ancho del sistema mundial.

En parte esto es consecuencia de consideraciones ecológicas, sin duda, pero en su mayor parte es función de la organización social del trabajo, que magnífica y legítima la capacidad de ciertos grupos dentro del sistema de explotar el trabajo de otros, es decir, de recibir una parte mayor del excedente. Las economías-mundo están divididas en Estados del centro y áreas periféricas [...] una característica de las áreas periféricas es que el Estado es débil, oscilando entre la no existencia y la existencia con un escaso grado de autonomía (Wallerstein 1979, 489-492).

Según Peter Peregrine (1996), “la perspectiva del sistema mundial es una forma de ver al mundo¹ como un conjunto de unidades políticas autónomas ligadas a una unidad mayor por medio de la interdependencia económica”. De acuerdo con el mismo autor, las siguientes premisas son básicas para implementar la perspectiva del sistema mundial: (1) cualquier sistema mundial debe incluir una diferenciación geográfica for-

¹ Según Peregrine, el término “mundo” en esta discusión se refiere a la interdependencia económica, y no a unidades específicas geográficas, políticas o culturales.

mada por núcleo y periferia, en la que poblaciones particulares tienen distintos papeles, y las instituciones económicas, políticas y culturales cambian para hacer frente a las demandas impuestas por la especialización; (2) siempre habrá competencia entre estas áreas diferenciadas geográficamente, lo que desencadena procesos de competencia entre poblaciones de poder desigual, así como procesos de diferenciación, de división del trabajo y de interdependencia (Peregrine 1996, 1-2).

Finalmente, la pertinencia del concepto del sistema mundial para el estudio de los procesos culturales que se dieron en la antigua Mesoamérica queda de manifiesto en las palabras de Blanton y sus colaboradores:

Mesoamérica se constituyó como una entidad histórica real, autodefinida por el comportamiento compartido de sus pueblos. Mesoamérica fue un sistema social. Fue, para tomar las palabras de Immanuel Wallerstein, un sistema mundial, lo cual significa que su destino fue en gran medida autodefinido y para sus participantes representaba todo el mundo del cual les importaba preocuparse (Blanton *et al.* 1981, 245).

EL SISTEMA MUNDIAL MESOAMERICANO

Los griegos utilizaron la palabra *oikoumene*, que significa “el lugar habitado por la humanidad” para definir aquellas partes del mundo entonces conocido donde vivían gentes “civilizadas” (Toynbee 1976, 27). Tanto el concepto de ecúmene (variante del original *oikoumene*) como el de “sistema mundial” (Wallerstein 1979; Blanton y Feinman 1984; Peregrine 1996; Smith y Berdan 2003; Kepecs *et al.* 1994) hacen referencia a entidades sociopolíticas y económicas que, por definición, engloban no sólo a grandes territorios, sino también a una serie de sistemas sociales que interactúan entre sí y que en su conjunto frecuentemente constituyen civilizaciones por derecho propio. Una de las observaciones innovadoras de Henri Frankfort (1948) fue la definición de civilizaciones participantes en tradiciones comunes (Mesopotamia, Siria-Palestina, Egipto), que superficialmente parecían ser bastante distintas una de la otra, pero que en realidad compartían un mismo mundo de experiencias sociales –lo que Fernand Braudel (1987, 1982) llamaría una *ecúmene*–. Mesoamé-

rica no fue diferente: hubo una serie de civilizaciones dentro de esa antigua ecúmene que interactuaron intensamente a través de nexos ideológicos, de contactos económicos y de competencia política, aunque cada una era dramáticamente diferente de las demás. Desde el Occidente en un extremo de Mesoamérica hasta el área maya en el otro, hubo congruencia y hasta cierto punto continuidad, aunque podemos mencionar notables contrastes sociales y culturales. Las interacciones dentro de la ecúmene en muchos casos fueron tan intensas que se volvieron de naturaleza simbiótica. La principal estructura (aunque no fue la única) por la que se mantuvo cohesionada la antigua Mesoamérica fue el comercio, el intercambio y el tributo de recursos escasos tanto básicos como de lujo. Tanto el carácter como la intensidad de estas relaciones son lo que define una ecúmene, no los aspectos específicos de organización cultural o social. Si bien estos aspectos son fundamentales para entender cada componente, o civilización, dentro de la ecúmene, esta última se define por la urdimbre que da cohesión a los distintos componentes. Así, las diferencias socioculturales entre los componentes no deberán impedirnos apreciar las consideraciones macroeconómicas que hacen de todas las partes una sola entidad (Williams y Weigand 2004).

Es importante señalar que la superárea mesoamericana nunca se constituyó en una sola unidad política, sino que existió por encima y más allá de fuerzas políticas específicas, aunque, por supuesto, era continuamente afectada por los cambios dentro de los campos políticos de sus participantes. En este sentido, el todo (o sea la ecúmene) es mayor que la suma de sus partes (las civilizaciones que lo componen) (Williams y Weigand 2004).

Para Smith y Berdan (2003a, 31), los elementos fundamentales para la constitución espacial del sistema mundial mesoamericano durante el Postclásico fueron los sistemas sociopolíticos individuales, o pequeñas ciudades-estado que surgieron en distintos momentos como núcleos de desarrollo (por ejemplo centros de producción o de comercio internacional, o bien zonas de extracción de recursos estratégicos). Las relaciones establecidas entre estos Estados fueron de distinta dimensión y naturaleza: económicas, políticas, sociales y religiosas. Fue la naturaleza de estas relaciones lo que dio al sistema mundial mesoamericano su textura característica.

La gran diversidad ecológica y geográfica de Mesoamérica hizo indispensable el comercio e intercambio entre regiones desde tiempos muy remotos, ya que en casi ninguna área se producían todos los elementos indispensables para la subsistencia. Destacan principalmente las diferencias ecológicas entre las frías tierras altas y las cálidas tierras bajas y costas (Blanton *et al.* 1981; Sanders y Price 1968).

La imposición de tributos a través de la guerra, junto con el comercio, sirvieron desde tiempos muy tempranos en Mesoamérica como mecanismos para el intercambio de gente, de información y de bienes entre una región y otra, en condiciones de fronteras dinámicas y mal definidas entre los distintos sistemas sociales (Blanton *et al.* 1981, 60).

Tanto los datos arqueológicos como los etnohistóricos procedentes de la mayoría de las subáreas de Mesoamérica muestran que durante el periodo Postclásico la economía mesoamericana estuvo más altamente comercializada que en tiempos anteriores, con sistemas de distribución basados en el intercambio competitivo de mercado (Smith y Berdan 2003a, 7).

Al hablar del “modo de producción tributario”, que corresponde a la situación vigente en Mesoamérica en vísperas de la Conquista, Eric Wolf (1982, 80) señala que en el siglo xv las principales áreas agrícolas del mundo estaban bajo el control de Estados cuya existencia se basaba en la extracción de excedentes de los productores primarios, por parte de gobernantes políticos o dirigentes militares. En el vértice del sistema estaba una elite gobernante extractora de los excedentes, que controlaba los aspectos estratégicos del proceso de producción, por ejemplo los sistemas de irrigación, y que tenía control sobre algún mecanismo coercitivo, como podría ser el ejército.

Relacionada con lo anterior está la discusión que hace Pedro Carrasco de la economía política azteca, mencionando que en el México prehispánico

tuvo una gran importancia la forma política de la organización económica: un desarrollado sistema tributario, enormes almacenes reales, grandes obras públicas organizadas por el Estado, tierras públicas del rey o de otras entidades [...] Lo más importante en la organización económica del México antiguo era el hecho de que había una economía dirigida y regulada por el organismo político. La base de la economía era una estructura de domina-

ción definida por la existencia de dos estamentos fundamentales: los nobles que formaban [...] la clase dominante que controlaba los medios materiales de producción, y los plebeyos, que eran la clase trabajadora, dependiente política y económicamente de la nobleza [...] los medios fundamentales de producción [tierra y trabajo] estaban controlados por el organismo político (Carrasco 1978, 15, 23-24).

El mercado regional también jugó un papel muy importante en la economía mesoamericana. En estos mercados se podían encontrar tanto mercancías exóticas como otras más ordinarias. Los mercados regionales tenían una posición de mayor relevancia dentro de la jerarquía que los mercados ordinarios de las “cabeceras”, algunos de ellos llegaban a alcanzar tal prominencia que se volvían famosos por vender algún producto en particular (Hassig 1985, 110).

El intercambio de bienes a larga distancia fue una de las actividades económicas más importantes para los Estados mesoamericanos. Las fuentes etnohistóricas que hablan sobre los aztecas nos permiten ver cómo durante el Postclásico tardío esta actividad comercial contribuyó a la prosperidad de Tenochtitlan. En el mercado de esta ciudad se encontraban mercancías exóticas procedentes de toda Mesoamérica, mientras que los *pochteca* o comerciantes aztecas de larga distancia, comerciaban tanto dentro como fuera del territorio azteca. Esta actividad estaba íntimamente relacionada con el imperialismo, y los bienes suntuarios jugaron un papel sociopolítico fundamental en la sociedad. El intercambio de bienes suntuarios entre las elites del Postclásico tardío tuvo un papel integrador, contribuyendo a la comunicación interregional, a la estratificación social y a la política (Smith 1990, 153-163).

De acuerdo con las ideas de Blanton y Feinman, la “economía mundial” mesoamericana estuvo basada principalmente en el intercambio de elementos considerados preciosos, ya que el flujo de bienes de lujo estaba cargado de implicaciones políticas y económicas. Sin embargo, estos flujos no pueden explicarse enteramente en términos del deseo de una elite de consumir bienes exóticos, sino que los bienes de lujo frecuentemente jugaron un papel importante en la acumulación y mantenimiento del poder por las elites, a través de la distribución controlada de símbolos de estatus (Blanton y Feinman 1984, 676).

Los datos arqueológicos sobre el comercio azteca con las varias zonas de Mesoamérica presentados por Smith (1990) sugieren la existencia de mercaderes y de sistemas de mercados que funcionaron como mecanismos de dispersión de cerámica de lujo azteca y otras mercancías hasta a distantes regiones, incluyendo territorios que estaban bajo el dominio de los enemigos, o que nunca habían sido conquistados por la Triple Alianza. Estos hallazgos apuntan hacia una actividad comercial independiente del control estatal (Smith 1990, 165).

Los *pochteca* se encargaban de transportar desde los confines del imperio mexica una gran gama de bienes de estatus y de recursos escasos y estratégicos, entre los que podemos mencionar los siguientes: capas y faldas ricamente decoradas, plumas de aves tropicales, objetos de oro, collares, orejeras, navajas y cuchillos de obsidiana, conchas, corales, agujas, pieles de animales, hierbas y tintes, esclavos y finalmente joyería fina de jade, jadeita y turquesa (Smith 1998, 123). También entre los tarascos un mecanismo institucional por medio del cual fluían bienes hacia la capital imperial fue el de los mercaderes a larga distancia patrocinados por el Estado, a quienes la casa real comisionaba la obtención de mercancías escasas, que sólo podían encontrarse en los confines más remotos del imperio, o bien fuera de sus límites territoriales (Pollard 1993, 119). Entre estos bienes suntuarios podemos mencionar los siguientes: cacao, pieles de animales, conchas marinas, plumas de aves tropicales, turquesa, peyote, cristal de roca, serpentina, ámbar, pirita, jadeíta, oro, plata, copal, obsidiana verde, roja y finalmente esclavos (Pollard 2003, 1993, 119). Mientras más distante se encontrara la fuente de obtención de algún producto, tendría menos canales de adquisición y más raro sería su uso. La función de estas importaciones suntuarias era en gran medida mantener las diferencias de estatus que existían entre los miembros de la elite y el resto de la sociedad (Pollard 2003).

Los mercaderes a larga distancia viajaban regularmente hasta los límites del territorio tarasco, incluyendo Zacatula en la costa del Pacífico y Taximaroa sobre la frontera con los aztecas, sus enemigos mortales. No hay evidencias de que hayan cruzado las fronteras para realizar sus actividades comerciales (Pollard 2000, 171). Es bien sabido que en el Postclásico las rutas de comercio eran muy extensas, atravesando toda Mesoamérica. Por ejemplo, los *pochteca* viajaban regularmente desde el

valle de México hasta Guatemala en el sur y hasta Chaco Canyon² (Nuevo México) en el norte (Hassig 1985, 116), por lo que no debería sorprendernos que los comerciantes tarascos hubieran cubierto territorios igualmente extensos.

Sin embargo, no todo el comercio a larga distancia estuvo sancionado por el Estado. Había un alto nivel de intercambio de productos entre las aldeas de pescadores y los pueblos de las tierras altas, particularmente de la Tierra Caliente de Michoacán (la llanura del río Tepalcatepec). No queda claro cómo o dónde se realizó este intercambio, pero no se menciona en las fuentes ningún tipo de intervención por parte del gobierno para este tipo de comercio informal (Beltrán 1982, 165).

La red tributaria del Estado tarasco fue la más importante institución para la captación de riquezas; a través de ella los tributos fluían desde todos los confines del imperio hasta las arcas reales en Tzintzuntzan. Según Pollard (1993, 116), esta red estaba centralizada, organizada jerárquicamente, y era fundamentalmente una institución política. Los bienes que fluían por las redes tributarias pasaban por varios niveles, hasta llegar finalmente a la capital.

El tributo circulaba desde los productores dispersos en todas partes del reino hacia centros de recolección de tamaño mediano, llamados “cabeceras” en los documentos del siglo XVI, para finalmente llegar a Tzintzuntzan. Ciertos bienes eran posteriormente comercializados a través del mercado o redistribuidos en otras direcciones, por ejemplo los artefactos de obsidiana, la cerámica fina y objetos de metal (cobre, bronce, plata, oro). Con la posible excepción de los textiles y la comida que se distribuían durante ocasiones de importancia ritual, la mayor parte del tributo era consumido por la clase gobernante (Beltrán 1982, 161-162).

El sistema tributario era en efecto un excelente mecanismo integrador de varias regiones geográficas y distintos ámbitos ecológicos. Al hacer que circularan los bienes de distintas provincias, tenía un carácter integrador entre las distintas zonas ecológicas dentro del territorio ta-

² Si bien no hay datos etnohistóricos que apoyen la presencia de mercaderes aztecas en el sudoeste de Estados Unidos, esto se ha sugerido tentativamente con base en evidencia arqueológica (Reyman 1978).

rasco, particularmente la Tierra Caliente con las tierras altas templadas. Este sistema estaba diseñado para facilitar la circulación de bienes de elite, por lo que resultó en la acumulación de riquezas en el sector dominante de la sociedad. Sin embargo, las obligaciones ceremoniales y el control político por parte de las autoridades sobre la distribución de estas riquezas limitaron significativamente el posible enriquecimiento de una minoría a expensas del pueblo a través exclusivamente del tributo (Beltrán 1982, 162-163).

Según Pollard (2003), aparte de las redes de tributo había otros canales institucionales a través de los que fluían bienes y servicios: estos eran los comerciantes a larga distancia, las tierras agrícolas propiedad del Estado, las minas y el intercambio de regalos. Pero los impuestos –pagados tanto en bienes como en servicios– eran los más importantes para la economía, pues proporcionaban en gran medida el sustento del aparato estatal. Es por eso que el sistema tributario estaba totalmente bajo el control de la dinastía real, que se valía de una extensa burocracia para administrar la tasación y el oportuno cumplimiento de las obligaciones. Los bienes que más frecuentemente aparecen en listas de tributos del siglo XVI incluyen los siguientes: maíz, tela y ropa de algodón, esclavos, víctimas para el sacrificio, servicios domésticos, objetos de metal, armamentos, frutas tropicales, cacao, algodón sin procesar, guajes, pieles de animales, plumas de aves tropicales, oro, plata, cobre, sal, frijol, chile, conejos, pavos, miel, vino de maguey, plumas de aves de la localidad y vasijas de barro (Pollard 2003).

La obtención de tributos era el propósito final de la conquista militar. El sistema estaba organizado como una pirámide, con Tzintzuntzan en la cúspide y numerosas “cabeceras” directamente debajo; los “caciques” tenían la obligación de recolectar el tributo de sus respectivos pueblos sujetos para enviarlo a la capital con regularidad, bajo la directa supervisión del *ocambecha* (encargado de recolectar los tributos). Los artesanos y los comerciantes pagaban tributo en especie de sus respectivas artesanías o mercaderías, estando exentos del pago de servicios, salvo en casos de extrema necesidad (Beltrán 1982, 154-156).

En el centro de México durante el Postclásico tardío, y por extensión en otras áreas de Mesoamérica, el tributo se veía afectado por varios factores principales, que según Hassig (1985, 107) son los siguientes: (1) an-

tigüedad de una conquista y distancia de la capital. Las provincias más cercanas pagaban alimentos y ropa; (2) disponibilidad de los bienes requeridos. El tributo por lo general se pagaba en bienes disponibles en cada provincia tributaria; (3) resistencia a la conquista o rebelión. Si los pueblos se resistían a la conquista, o si trataban de liberarse del yugo, sus impuestos se veían incrementados como castigo. Según el mismo autor, ordinariamente las comarcas tributarias más cercanas a la capital tributaban bienes de bajo valor y de gran volumen, mientras que las más distantes enviaban bienes de elite, de alto valor y bajo volumen (Hassig 1985, 109).

En el periodo Postclásico existieron varios Estados en Mesoamérica con las características propias de imperios; entre los mejor conocidos se encuentran los aztecas y los tarascos. Ambos siguieron hasta cierto punto las mismas pautas culturales para su desarrollo y expansión, pero es interesante señalar y analizar no solamente sus similitudes, sino también sus diferencias. En el caso de los aztecas, se trataba de una confederación de ciudades-Estado, poco cohesionada y sin ejércitos de planta, que permitía a los gobernantes de los territorios conquistados permanecer al mando de sus reinos, y que carecía de una infraestructura bien desarrollada de caminos, ciudades o almacenes reales (Smith 1998, 173). Este Estado tenía como base en el dominio político más que en el control territorial, pues la falta de medios eficientes de transporte limitaba el área de la que se podían extraer tributos eficientemente, reduciendo los beneficios económicos de incorporar políticamente vastas regiones. Dejar relativamente intactos los gobiernos locales implicaba menos control, pero permitía tener más recursos disponibles para expandir el área imperial (Hassig 1988, 17).

El Estado tarasco, por otra parte, estaba constituido por una unidad étnica homogénea, con el poder político localizado centralmente en el área nuclear (la cuenca del lago de Pátzcuaro) rodeada por un área de poblaciones étnicamente diversas incorporadas a través de la expansión militar. En el caso de los tarascos, es posible distinguir dos unidades espaciales: la primera era la unidad territorial que cubría todo el imperio, incluyendo todas las comunidades fuera de los centros urbanos de la cuenca de Pátzcuaro, mientras que la segunda, limitada al centro de Michoacán, estaba definida por los límites del sistema de mercados que

proporcionaba los bienes y servicios esenciales para la población de la cuenca de Pátzcuaro (Pollard 1993, 99).

En síntesis, el Estado tarasco tuvo un alto grado de centralización política y un control relativamente absoluto de su territorio. Esto contrasta con el sistema imperial azteca, que tenía su base más en la influencia y dominio político que en el control territorial. Este “imperio hegemónico” fue más bien una alianza de Estados, con la finalidad de obtener tributo de los pueblos conquistados (Hassig 1988, 17, 26).

Esta breve discusión de algunos aspectos sociales, políticos y económicos de los dos principales imperios mesoamericanos del Postclásico – los aztecas y los tarascos– sirve como contexto para comprender con mayor claridad los aspectos estructurales y el funcionamiento del sistema mundial mesoamericano. A continuación se presenta una discusión de las principales ideas y aportaciones del libro *The Postclassic Mesoamerican World*; esta discusión se ha enriquecido con material tomado de otras fuentes para darle un mayor marco de referencia histórico y socio-cultural.

DISCUSIÓN

Si bien las ideas de Wallerstein sobre los procesos relacionados con la expansión del sistema mundial han tenido un gran impacto en la sociología y en la economía histórica, han sido menos afortunadas al tratarse de sociedades no occidentales, llegando incluso a considerarse como “no particularmente útiles para la arqueología, porque las teorías existentes se enfocan sobre el capitalismo o las civilizaciones históricas de Occidente, no en sistemas económicos simples o no occidentales” (Peregrine 1996, 3).

El paradigma “desarrollista” de la ecología cultural de los años sesenta y setenta siguió una perspectiva local para explicar el cambio cultural, tomando como agentes causales los desequilibrios entre las poblaciones y los recursos dentro de regiones determinadas. En contraste con lo anterior, la utilización de la perspectiva del sistema mundial en Mesoamérica refleja la preocupación de algunos investigadores sobre el hecho de que la ecología cultural, si bien proporciona valiosas perspecti-

vas sobre procesos regionales, no explica las conexiones macrorregionales (Kepecs *et al.* 1994, 141-142).

Aunque la teoría del sistema mundial ofreció una alternativa a los modelos estáticos de difusión y migración, no tuvo éxito al considerar las jerarquías de núcleo-periferia. Las periferias premodernas no son necesariamente subdesarrolladas *vis a vis* el núcleo, ya que muchas veces poseyeron tecnologías de las que los núcleos dependían. Lejos de ser estáticas receptoras de influencias, las áreas periféricas frecuentemente son generadoras de actividades que presentan desafíos para las áreas nucleares (Kepecs y Kohl 2003, 15). El entendimiento de estas relaciones complejas entre las distintas áreas mesoamericanas es importante para los nuevos estudios sobre el sistema mundial mesoamericano, como queda de manifiesto en los trabajos incluidos en el libro que aquí se discute.

En el primer capítulo del libro, que presenta una introducción a la Mesoamérica del Postclásico, Michael Smith y Frances Berdan analizan la forma en que el comercio y la interacción a grandes distancias llegaron a tener gran importancia e intensidad durante los siglos anteriores a la conquista española. Según estos autores el volumen de intercambio aumentó considerablemente durante esta época, y las redes se volvieron cada vez más comerciales con la existencia generalizada de dinero, de mercados y de comerciantes.

Según estos autores, gracias a recientes avances empíricos y teóricos en la arqueología mesoamericana, ahora se sabe más sobre la naturaleza de las innovaciones propias del periodo Postclásico, particularmente las relacionadas con la interacción comercial a gran distancia. Estos conocimientos tienen como base las nuevas técnicas analíticas que permiten determinar las fuentes de origen de materiales como cerámica (Williams 2001), obsidiana (Healan 2004) y metales, principalmente cobre (Hosler 1994, 2004), así como las prospecciones arqueológicas en el nivel regional (Mastache *et al.* 2002) y las excavaciones de unidades domésticas (Santley y Hirth 1993).

Según queda asentado en el artículo mencionado, la Mesoamérica del Postclásico es ejemplo de un "sistema mundial precapitalista", pues se trataba de una zona grande donde las interacciones económicas y sociales vinculaban a distintas unidades sociopolíticas; estas interacciones tuvieron impactos importantes sobre las sociedades participantes.

Finalmente, los autores citados mencionan que hacia el siglo XII de nuestra era muchos procesos estaban desarrollándose en Mesoamérica, por lo que este periodo fue muy diferente de los anteriores. Los procesos mencionados por estos autores son los siguientes: crecimiento de la población; proliferación de Estados pequeños; mayor intercambio a larga distancia; mayor diversidad en los bienes de comercio; comercialización de la economía; nuevas formas de escritura y de iconografía; y nuevos patrones de interacción estilística. Estos procesos en su conjunto estimularon la integración de diversas regiones de Mesoamérica para formar un solo sistema mundial.

En varias de las contribuciones al presente libro se explora la manera en que los procesos mayores del sistema mundial mesoamericano del Postclásico afectaron la vida del pueblo, de igual manera que las acciones de los individuos a su vez afectaron los procesos mayores. Este análisis de las relaciones entre las dinámicas a gran escala de los sistemas mundiales y las unidades domésticas individuales está manifiesto en las investigaciones realizadas por Smith (1997) en el estado de Morelos, un área estratégica que tuvo gran potencial agrícola en la época prehispánica, donde se producían maíz y algodón, así como papel de *amate*, textiles y otros muchos productos que se exportaban a la cuenca de México. Según el citado autor, los procesos de intercambio durante el Postclásico afectaron tanto a los asentamientos rurales como a los urbanos, y las redes de comercio que se extendían hasta el centro de México hicieron que incluso los habitantes de aldeas pequeñas fueran partícipes del sistema mundial.

La mayoría de estudios realizados en Mesoamérica se han enfocado en el centro y sur de esta superárea cultural, ignorando casi por completo las porciones occidentales y norteñas de Mesoamérica. Un mérito importante del libro que aquí se discute es el haber incluido los procesos culturales en este vasto territorio, que conocemos como Occidente de México (los actuales estados de Michoacán, Jalisco, Colima, Nayarit y Sinaloa), analizando su impacto e interacción con el resto de las culturas mesoamericanas. Tal es el caso de la contribución de Helen Pollard, "El desarrollo del área nuclear tarasca: la cuenca del lago de Pátzcuaro" (pp. 227-237) que aborda el tema del Estado tarasco en el contexto del sistema mundial mesoamericano. Según esta autora, en los momentos

de la conquista española el rey tarasco, o *irecha*, dominaba un área muy extensa, de alrededor de 75 000 km² en las tierras altas del occidente de México, incluyendo el actual estado de Michoacán. La administración centralizada del Estado estaba localizada en la capital, Tzintzuntzan, donde el rey tenía su corte.

Para el control administrativo el Estado tarasco se valió de la creación de una serie de centros, cada uno con sus propias comunidades dependientes. Por otra parte, la economía política del imperio tuvo como fundamentos el intercambio en los mercados y el sistema tributario. El Estado tarasco interactuó activamente con sus vecinos, ya que constantemente se importaban materias primas y algunos bienes elaborados de regiones más allá de las fronteras estatales. Por otra parte, una de las mercancías más complejas desde el punto de vista tecnológico y más valuadas por los mesoamericanos, los artefactos de metal (principalmente cobre y sus aleaciones), fue producida dentro de Michoacán bajo el control de la elite tarasca. Su amplia distribución comercial por todo Mesoamérica es muestra de la participación de los tarascos dentro del sistema mundial mesoamericano.

Según Pollard, el surgimiento del Estado tarasco se vio acompañado del establecimiento de una nueva ideología, originada a partir de las distintas tradiciones culturales que caracterizaron a las poblaciones de Michoacán en el Postclásico, y de las distintas formas en que estas interactuaron con la elite emergente. El Estado tarasco compartió una misma tecnología básica y una ideología con el resto del mundo mesoamericano, aunque a la vez conservó un claro estilo único.

Por otra parte, en el capítulo titulado “El imperio azteca” de Berdan y Smith (pp. 67-72) vemos cómo este Estado expansionista, que conquistó y controló a una buena cantidad de centros de poder en todo el centro y sur de México, siguió cuatro estrategias generales para tener la flexibilidad que le permitió ejercer control sobre regiones muy diversas: 1) la estrategia económica enfatizaba la producción y el intercambio. Los gobernantes imperiales trataron de incrementar la cantidad y la diversidad de bienes de comercio, enfatizando tanto el intercambio comercial como el tributo político. 2) la estrategia política perseguía la integración administrativa, tenía como objetivo el control de los competidores políticos. Los gobernantes locales (*tlatoque*) competían entre sí, forjando

alianzas y librando batallas. La estrategia política era más notoria en la zona nuclear de la cuenca de México, ya que poco intervenía el Estado en la zona de las provincias. Sin embargo, en algunos casos los aztecas instalaron gobernantes, fuertes o guarniciones, cuando se trataba de regiones inestables, de rebelión, o bien en las zonas fronterizas. 3) La estrategia de frontera estaba enfocada en la seguridad y contención a lo largo de las fronteras hostiles del imperio. Esta estrategia implica el establecimiento de fortalezas militares y guarniciones de guerreros, así como enviar colonos a las zonas fronterizas. 4) Finalmente, la estrategia elitista enfatizaba los lazos existentes entre las elites a lo largo del dominio imperial. Las elites tanto de las ciudades-estado cercanas como de las lejanas establecieron redes económicas, sociales y políticas, a través de intercambios recíprocos de bienes de lujo, así como de alianzas matrimoniales y del uso compartido de símbolos de estatus y de códigos culturales.

Las estrategias imperiales de los aztecas tuvieron consecuencias económicas, militares y políticas más allá de los límites del territorio azteca. En el Occidente de México, por ejemplo, las consecuencias fueron principalmente militares: los tarascos se vieron obligados a fortificar su frontera y tuvieron que estar en constante alerta contra las posibles incursiones del enemigo. Sin embargo, esto no impidió que se realizara el intercambio: sabemos que varias mercancías valiosas se movían de occidente a oriente a través de la frontera, como turquesa, cobre y obsidiana, entre otros materiales.

Las fronteras del imperio azteca discutidas por Berdan (pp. 73-77) eran multidimensionales, variando según el tipo y nivel de actividad (política, económica, militar, social o religiosa). El territorio ocupado por una ciudad-Estado podía no coincidir con sus redes comerciales, sus obligaciones tributarias, su influencia política o las redes sociales de la elite. Para algunos propósitos las fronteras eran impermeables, para otros bastante permeables y elásticas. Por ejemplo, los *pochteca* podrían tener dificultad para cruzar alguna frontera, mientras que los comerciantes locales podían hacerlo con facilidad.

Las fronteras y regiones fronterizas en la época de los aztecas presentaban una notable inestabilidad, ya que había un constante movimiento y reacomodo de gentes, así como cambios en las relaciones de

dominio y de sumisión entre varios grupos. Todo esto, aunado a un patrón dinámico de alianzas y de conflictos, explica la existencia de fronteras cambiantes y mal definidas.

En su discusión de la economía mesoamericana del Postclásico, Berdan (pp. 93-95) señala que los sistemas mundiales usualmente se describen en términos de sus relaciones económicas, por lo que el presente libro tiene una sección bastante amplia dedicada a explorar el papel de la economía dentro del contexto global de interacciones regionales y a larga distancia. Para Berdan son tres los principales procesos económicos en la Mesoamérica del Postclásico: 1) incremento en el intercambio a larga distancia. Al avanzar el periodo Postclásico, mayores cantidades de mercancías fueron importadas a través de las fronteras políticas, lo que refleja un aumento en la producción y distribución de bienes como objetos de obsidiana y de metal. El uso de dinero aumentó durante este periodo, indicando la necesidad de facilitar estos nuevos niveles de intercambio; 2) incremento en la diversidad de bienes de comercio. Al aumentar las opciones comerciales y de consumo, también aumentó la diversidad de mercancías para el comercio, las cuales tuvieron un vasto rango de tipos y de estilos. Igualmente, parecen haber existido menos obstáculos para el transporte a largas distancias, incluso de mercancías pesadas o de gran volumen como sal, obsidiana, textiles, objetos de metal, cerámica decorada y cacao; 3) comercialización de la economía. Existen varios indicadores de una mayor comercialización de la economía durante el Postclásico. En esta época surgieron nuevos mercados en todos niveles: utilitarios de tamaño pequeño; regionales con amplia variedad de bienes utilitarios y de lujo; especializados, o sea enfocados en productos de calidad; otros de frontera que permitían el acceso a mercaderías de lugares distantes y exóticos; centros de comercio internacional con bienes procedentes de grandes distancias, y finalmente grandes mercados cosmopolitas como el de Tlatelolco, donde podía encontrarse virtualmente todo lo que se producía y comerciaba en el reino.

Según esta misma autora, las unidades económicas clave en la Mesoamérica del Postclásico fueron las siguientes: 1) Centros comerciales internacionales. Estos eran lugares donde podían realizarse las actividades comerciales en todos los niveles, pero eran especialmente atractivos a los mercaderes que viajaban grandes distancias. Por estos centros

pasaba un gran volumen y una gran variedad de bienes de consumo; 2) Mercados. Estos eran la fuerza vital del sistema de intercambio económico. Algunos mercados en zonas fronterizas servían para el comercio interregional, por lo que eran de especial importancia para la integración del sistema mundial; 3) Zonas productivas ricas. Estas eran zonas con abundante población, cuyas actividades económicas estaban íntimamente ligadas a las redes internacionales de intercambio. Muchas de estas áreas eran especialmente productivas para la agricultura, mientras que otras producían bienes más especializados como sal fina y cacao. Las actividades económicas intensas y la comercialización no estaban monopolizadas por las zonas nucleares del sistema mundial, sino que estaban dispersas por todo su universo; 4) Zonas de extracción de recursos. Estas se localizaban en áreas periféricas desde el punto de vista político, donde se obtenían materias primas no agrícolas, como sal, obsidiana, metales, pedernal, recursos marinos y piedras verdes (jade, turquesa, malaquita, etcétera).

A lo largo del periodo Postclásico la expansión económica se vio acompañada de una mayor competencia entre las elites. Esto se manifestó por mayores actividades de reciprocidad y de entrega de regalos, que tenían la finalidad de cimentar las alianzas y mejorar la posición política. Este patrón fue algo generalizado en todo el sistema mundial, dando una mayor dimensión a la integración económica del sistema.

En el siguiente capítulo Frances Berdan, Marilyn Masson, Janine Gasco y Michael Smith (pp. 96-108) usan el concepto de “economía internacional” para referirse a la economía mesoamericana durante el Postclásico, señalando que ninguno de los sistemas políticos era autosuficiente, así como tampoco los sistemas económicos estaban aislados uno de otro o de las redes de intercambio a larga distancia. Esta situación –una economía internacional que rebasa las fronteras políticas y que afecta a un sinnúmero de aspectos de la vida de la población– es la marca distintiva de los sistemas mundiales antiguos. Dicha economía tenía su base en la agricultura, en las actividades productivas (por ejemplo las artesanías) y en los sistemas de transportación.

La agricultura intensiva se dio como respuesta al aumento demográfico en el centro de México, el cual a su vez dio lugar a la transformación del paisaje en su totalidad: los cerros, las planicies y los pantanos

se convirtieron en campos de cultivo para producir maíz y otras cosechas. Los elementos agrícolas como plataformas, sistemas de irrigación y “campos levantados” o chinampas requerían de una considerable inversión de mano de obra. El cultivo de las terrazas estaba organizado a nivel doméstico, mientras que los predios irrigados probablemente gozaban de alguna forma de supervisión por parte del Estado o de las elites. El caso de las chinampas, por otra parte, es menos claro en lo que se refiere a la intervención estatal para su funcionamiento.

Según los citados autores, una buena parte de la tierra, así como de la fuerza de trabajo que se requería para hacerla producir, estaban bajo el control de personas de posición política alta, de instituciones religiosas, o de algún grupo residencial comunal. Este patrón observado en el centro de México es similar a lo que se ha registrado para Michoacán, pero contrasta marcadamente con la zona maya: en Yucatán tanto la tierra como la fuerza de trabajo eran controladas a través de linajes.

La economía comercial internacional de la Mesoamérica postclásica tenía su base en parte en un alto nivel de producción especializada de artesanías. En el centro de México, los artesanos aztecas que producían bienes de lujo –plumería, joyería, escultura, etcétera– eran especialistas urbanos de tiempo completo relacionados con patrocinadores de la elite, mientras que los artesanos que elaboraba bienes utilitarios –alfarería, cestería, herramientas de piedra– eran productores rurales de tiempo parcial que trabajaban de manera independiente y mercadeaban su propia producción.

La elaboración de bienes para el comercio a larga distancia podía darse en lugares donde se concentraban recursos relativamente únicos o de superior calidad, que tenían demanda tanto local como a distancias lejanas. En esta categoría podemos incluir los siguientes productos: sal, obsidiana, textiles, cacao, miel, cera, tintes y productos de origen animal, entre muchos otros, que estaban destinados al comercio internacional. La cochinilla, el papel y el copal se movían de manera similar a los anteriores, mientras que la sal, la obsidiana y los textiles probablemente se producían en cantidades mayores para el comercio internacional, dada su constante demanda.

La tecnología del transporte en la antigua Mesoamérica fue bastante rudimentaria. Los costos de transportación terrestre eran bastante ele-

vados, ya que todo tenía que moverse a cuestras por cargadores humanos, debido a la falta de bestias de carga. Estos cargadores, conocidos como *tlamemes* en el centro de México, llevaban de un lado a otro mercaderías de muy diversa índole. No sabemos con exactitud a cuánto ascendía la carga que habitualmente llevaban estos portadores; Bernal Díaz del Castillo afirmó en el siglo XVI que cada tlameme llevaba una carga de dos arrobas (alrededor de 23 kg) a una distancia de cinco leguas (aproximadamente 21-28 km) antes de ser relevado (Hassig 1985, 28-32). En Michoacán los tamemes tarascos transportaban sobre las espaldas entre 20 y 30 lingotes de cobre cada uno, con un peso total de entre 32 y 72 kg, recorriendo una distancia de entre 21 y 43 km (Pollard 1987, 748-750).

Estas cifras, sin embargo, deben considerarse con cuidado, ya que hay mucha variedad en las cargas registradas en los documentos de la época, y las distancias también variaban, sobre todo de acuerdo al tipo de terreno (montañas, barrancas, selva, bosque, desierto, etcétera), a las condiciones climáticas y a otros factores que podrían dificultar la circulación de los cargadores (Hassig 1985, 33).

Los tlamemes en la época prehispánica formaron un estrato ocupacional de bajo estatus, trabajaban como cargadores profesionales organizados, con estándares generales para el tipo y peso de las cargas, descansos periódicos y cargas apropiadas según la distancia y condiciones de los caminos. No solamente llevaban bienes de elite como cacao y oro, sino también mercancías ordinarias como maíz y algodón (Hassig 1985, 39).

La distancia a recorrer y el peso de la carga tenían una relación inversamente proporcional. Aunque pudieron haberse transportado muy pesadas cargas en tiempos prehispánicos, esto no necesariamente significaba mayor eficiencia, ya que se necesitarían más cargadores para llevarlas a una misma distancia (Hassig 1985, 33). Según Drennan (1984a), una carga de 20 kg sería la más eficiente, aunque se mencionan cargas de hasta 50 kg para Mesoamérica. Los tlamemes de los pochteca aztecas no llevaban cargas muy pesadas; Drennan (1984a, 105) propone un peso promedio de 30 kg, transportado a una distancia de 36 km. De acuerdo con el mismo autor, los costos de transporte durante el Formativo medio y Clásico sugieren que el movimiento de comida nunca pudo haber sido la principal razón para utilizar la fuerza de trabajo de los tlamemes,

sino que eran exclusivamente los bienes de elite, de lujo o de importancia ritual, o bien de características estratégicas como la obsidiana, los que se transportaban a grandes distancias. De acuerdo con el citado autor, si transportara maíz a larga distancia, el cargador terminaría consumiendo mucha más energía de la que representaba el alimento que llevaba a cuestas (Drennan 1984b, 39).

Sin embargo, los datos etnográficos recabados por Carl Lumholtz hace unos cien años contradicen muchos aspectos de las reconstrucciones teóricas sobre capacidad de carga y distancias máximas recorridas por los tlamemes prehispánicos hechas por Drennan y otros autores (cf. Sluyter 1993).³ En sus viajes por Michoacán Lumholtz se topó en una ocasión con un *huacalero* o cargador-comerciante a larga distancia, que llevaba mercancías a través de la sierra. Según Lumholtz, los huacaleros viajaban regularmente a pie, cubriendo el trayecto desde la sierra tarasca hasta la ciudad de México, así como Guadalajara, Acapulco, Colima y Tepic. Antiguamente estos comerciantes tarascos acostumbraban llegar por el norte hasta Nuevo México, y por el sur hasta Guatemala y Yucatán. Como ejemplo, el viaje de Paracho a la ciudad de México exigía un mes para ir y volver (una distancia en línea recta de aproximadamente 400 km); la distancia promedio que se recorría en una jornada era de entre 48 y 64 kilómetros, con una carga de unos 63 kg⁴ (Lumholtz 1986, 358-360). Para J. Charles Kelley este ejemplo nos da muy valiosa información sobre la capacidad de carga y la distancia probablemente recorrida por los tlamemes prehispánicos. En ambos casos las cifras son mucho más grandes de lo que algunos arqueólogos han planteado. También es importante que los huacaleros no “consumían” las mercancías que llevaban a cuestas, sino que sobrevivían durante sus recorridos aprovechando los alimentos silvestres a su disposición y la hospitalidad de los habitantes de cada localidad por la que pasaban (Kelley 2000, 137).

³ Sluyter (1993) propone que, aunque siempre se ha pensado que en la época prehispánica los productos para la subsistencia (p. ej. maíz) sólo se transportaban a cortas distancias, mientras el transporte a larga distancia se reservaba para los bienes de lujo o de elite, como el cacao y la jadeita, en realidad se puede demostrar la posibilidad de transporte a larga distancia de bienes de consumo cotidiano, a través de modelos matemáticos.

⁴ Un huacalero, sin embargo, informó a Lumholtz que en una ocasión había llevado una carga de 86 kilos desde Colima hasta Morelia, en seis días (Lumholtz 1986, 360).

Al discutir los sistemas de mercado y el dinero, Berdan *et al.* sostienen que los mercados fueron un rasgo prominente del paisaje mesoamericano del Postclásico. Desgraciadamente, sin embargo, los mercados dejan relativamente pocas huellas en el registro arqueológico, por lo que su presencia e importancia tienen que deducirse a partir de información documental. Los mercados se encontraban en todo Mesoamérica, pero especialmente en regiones que alentaban la producción especializada de una variedad de productos que requerían de una localidad para su intercambio, ya fueran utilitarios o de lujo.

El intercambio en los mercados se veía facilitado por el uso de varios tipos de moneda: semillas de cacao, *quachtli* (mantas de algodón) y “hachas moneda” de cobre o bronce, que servían como medio de intercambio y a la vez como unidades estandarizadas de valor y para almacenar la riqueza. La presencia de estas formas de “moneda” en el sistema mundial mesoamericano indica un alto nivel de comercialización de la economía durante el Postclásico. Igualmente, su desarrollo sugiere una cierta estandarización de los procesos de intercambio en todo el sistema mundial.

Entre los aztecas había dos tipos de mercaderes profesionales: unos de alto estatus que trataban bienes de lujo y que eran miembros de la nobleza o pertenecían a gremios de membresía restringida, y mercaderes regionales de menor estatus, que se especializaban en menos mercaderías comerciadas dentro de regiones específicas. Los primeros, conocidos como *pochteca*, transportaban sus mercaderías en expediciones a los puntos más recónditos de Mesoamérica, y solían servir también como enviados diplomáticos o espías del Estado. Se sabe menos sobre los mercaderes tarascos de alto estatus, pero aparentemente tenían lazos más fuertes con el Estado. Finalmente, en otras partes de Mesoamérica este tipo de comerciantes eran miembros de la elite.

Otro punto tocado por Berdan *et al.* es el del comercio internacional, el cual sirvió para incrementar y mejorar el acceso a los recursos localizados y bienes manufacturados entre los muchos grupos sociales del sistema mundial mesoamericano. Los principales agentes de este comercio eran los comerciantes de alto estatus, que se enfocaban en centros de comercio internacional. Los siguientes bienes de lujo eran los principales elementos de comercio a larga distancia: cacao, obsidiana,

oro, bronce, turquesa, esclavos, pieles curtidas de felinos, conchas de tortuga trabajadas, ámbar y jade.

No todo el intercambio dentro del sistema mundial postclásico era abierto o de tipo comercial; las antiguas formas mesoamericanas de intercambio políticamente controlado –tributo y entrega recíproca de regalos– siguieron funcionando en el periodo Postclásico. El tributo –la transferencia unilateral de bienes y servicios– fue el principal mecanismo para financiar tanto empresas estatales costosas como el lujoso nivel de vida a que estaban acostumbradas las elites. Se requería de una jerarquía establecida de funcionarios para recolectar, registrar y distribuir este incesante flujo de bienes.

Una finalidad de la conquista militar era extraer tributo de los pueblos sojuzgados. Las exigencias de tributo por parte del imperio tenían importantes consecuencias económicas: (a) estimulaban la producción local para satisfacer estas demandas adicionales (alimentos, textiles, materias primas y manufacturas); (b) el tributo estimulaba el intercambio a larga distancia, puesto que muchos de los bienes tributados se tenían que manufacturar utilizando materiales que no se encontraban en las regiones tributarias, por lo que los dirigentes de la provincia tenían que obtenerlos a través del intercambio comercial con otras regiones.

El intercambio de regalos era una costumbre muy común entre las elites, que servía para cimentar las relaciones políticas y la posición social. Cantidades considerables de artículos de lujo debieron de haber pasado de una mano a otra al celebrarse matrimonios, alianzas políticas y como recompensa de los gobernantes a sus subalternos. Parte de esta entrega de regalos era simétrica, mientras que otra parte no lo era. El intercambio de regalos entre gobernantes de ciudades Estado era una norma bien establecida.

Los procesos generales identificados por Berdan *et al.* (p. 107) en la economía del Postclásico –la expansión de las actividades económicas en una variedad de complejos contextos institucionales– tuvieron lugar en toda Mesoamérica, comenzando mucho antes de la expansión del imperio azteca. Tanto los mercados como las empresas comerciales incrementaron dramáticamente durante el periodo Postclásico; esto estimuló el intercambio y el movimiento de bienes a través de los Estados y regiones por medio de mercaderes locales, regionales y a larga distan-

cia, que llevaban no sólo mercancía sino también información, ideas, y a veces también poder político.

Estas relaciones económicas no tuvieron lugar en aislamiento, sino que estaban íntimamente ligadas a las complejas instituciones sociales, económicas y religiosas del sistema mundial mesoamericano. Las actividades económicas no solamente vincularon al sistema mundial mesoamericano a lo largo de dimensiones territoriales; también incidieron sobre todos los aspectos y niveles de la vida mesoamericana.

Según queda asentado en el trabajo de Janine Gasco y Frances Berdan (pp. 109-116) sobre centros de comercio internacional, estos fueron los principales focos para el intercambio a larga distancia. Se trataba de localidades altamente comercializadas que tenían principalmente propósitos económicos. Este concepto contrasta con el de “puertos de tráfico” (*ports of trade*) de Anne Chapman (1957), que se suponía eran localidades políticamente neutrales que tenían principalmente fines políticos. Según Gasco y Berdan, los centros donde se congregaban comerciantes de diversas regiones para realizar el intercambio a larga distancia tenían todas o varias de las siguientes características: (1) eran el sitio donde se realizaba intercambio entre comerciantes de varias áreas distantes; (2) tenían un alto volumen de comercio; y (3) exhibían una gran variedad de bienes de comercio.

Fue necesario garantizar la seguridad de los comerciantes extranjeros, de lo contrario los centros comerciales no hubieran podido atraer a los comerciantes que venían de territorios distantes, con frecuencia pertenecientes a Estados poco amistosos.

Bajo el encabezado de “mercancías clave” Smith (pp. 117-125) presenta una lista de unas 50 mercancías que fueron altamente importantes en tiempos postclásicos, resaltando 14 de ellas como elementos cuya producción e intercambio fueron de particular importancia para el funcionamiento del sistema mundial mesoamericano. Los patrones de producción, de intercambio y de consumo de estas mercancías tuvieron una influencia amplia dentro de la economía y sociedad del periodo Postclásico. La lista de “mercancías clave” es la siguiente: cacao, “hachas moneda” de cobre, cascabeles de cobre o de bronce, plumas y ornamentos de plumería, joyería de oro, joyería de piedras verdes, obsidiana y artefactos de obsidiana, manuscritos pintados, textiles sencillos o de-

corados, cerámica policroma, algodón en bruto, sal, esclavos y joyas de turquesa. Usualmente es difícil determinar el valor económico de las mercancías en contextos históricos o arqueológicos. Sin embargo, la economía comercial de la Mesoamérica del Postclásico utilizó varias formas de dinero, por lo que la gente probablemente medía el valor de los bienes de acuerdo a sus precios.

Como complemento a la discusión de la producción, intercambio y consumo de estas mercancías clave o recursos estratégicos, se incluyen varios estudios de caso escritos por especialistas, lo cual resulta de gran utilidad para comprender su importancia dentro del ámbito económico y político del sistema mundial mesoamericano. Los recursos que aparecen en esta sección son los siguientes: sal, discutida por Susan Kepecs; obsidiana, por Geoffrey Braswell; y metales, a cargo de Dorothy Hosler.

Las redes de información en la Mesoamérica del Postclásico son analizadas por Smith (pp. 181-185) en el siguiente capítulo. Según este autor, durante el Postclásico varios estilos distintivos y numerosos símbolos se volvieron prominentes en toda Mesoamérica; su distribución y uso fueron componentes cruciales del sistema mundial mesoamericano. El enfoque de Smith al análisis de los sistemas mundiales incluye a los procesos de intercambio de información conjuntamente con los procesos de intercambio económico. La diseminación de estilos y de símbolos no sólo fue producto de las relaciones económicas, ya que los pueblos de la Mesoamérica del Postclásico usaron símbolos iconográficos específicos y elementos estilísticos como parte de su estrategia de interacción social y política. El concepto de sistema mundial ofrece un marco de referencia para analizar el surgimiento y difusión de varios estilos y símbolos durante el Postclásico. Esta perspectiva analítica permite sugerir explicaciones más convincentes para la aparición y distribución de estos elementos que las tradicionales ideas sobre migraciones y conquistas.

En el artículo de Frances Berdan, Susan Kepecs y Michael Smith intitulado "Una perspectiva sobre la Mesoamérica del Postclásico" (pp. 313-317) los autores mencionan que a pesar de las claras evidencias de diversidades regionales, tanto el registro arqueológico como el documental señalan mayores niveles de comercio, de comunicación y de similitudes estilísticas a través de toda la macrorregión mesoamericana en este tiempo en comparación con momentos anteriores.

Desde la aparición del término Mesoamérica hace poco más de medio siglo (Kirchhoff 1943), éste se ha aplicado para definir a una extensa área en la que se compartían tradiciones como estilos artísticos, lenguaje, y estrategias de subsistencia. El enfoque del presente libro –el concepto de sistema mundial de Wallerstein modificado por los autores para hacerlo relevante al caso mesoamericano, y a la luz de las más recientes investigaciones– ofrece una nueva forma de entender la extensión, la naturaleza, las dinámicas y la importancia de las relaciones entre regiones que dieron lugar a esos elementos comunes en tiempos del Postclásico.

Las anteriores teorías que intentaban explicar los contactos entre las diversas gentes que conformaban el universo mesoamericano tenían su base en conquistas imperiales y en difusionismo vago, y presentaban procesos generalizados que no siempre podían aplicarse para entender casos particulares de interacción. Por ejemplo, algunas ideas recientes sobre el impacto del comercio y de la dispersión del estilo Mixteca-Puebla sólo tratan una dimensión del mosaico de interacción (Nicholson y Quiñones Keber 1994). Ninguna de estas teorías tiene la amplitud y flexibilidad del enfoque del sistema mundial, sobre todo la versión modificada que se presenta en este libro. Igualmente, ninguna de estas teorías nos proporciona explicaciones satisfactorias sobre la riqueza del registro arqueológico y documental de la Mesoamérica del Postclásico.

En el capítulo 28 “Temas en las regiones del sistema mundial” Frances Berdan discute el sistema mundial mesoamericano desde un ángulo distinto al seguido en las anteriores contribuciones, en las que se han delineado los aspectos funcionales del sistema. Según afirma esta autora (p. 225), el propósito de incluir los estudios de caso que aparecen a continuación es “subrayar la variación regional y cultural dentro del sistema mundial y examinar los desarrollos regionales a la luz del proceso del sistema mundial”.

Las discusiones de casos concretos son una excelente manera de integrar las ideas que se han presentado en las anteriores páginas del libro. Estos estudios de caso se enfocan geográficamente en las siguientes regiones de Mesoamérica: el Occidente de México, con el artículo “Desarrollo del núcleo tarasco: la cuenca del lago de Pátzcuaro” de Helen Pollard; el centro de México y el sur de Mesoamérica quedan cubiertos

con los trabajos de Berdan y Smith “La evolución de una zona nuclear: la cuenca de México”; “matrimonios reales y construcción de confederaciones entre los nahuas orientales, mixtecos y zapotecos”, de John M. Pohl; “Cambios económicos en los hogares de Morelos”, de Michael Smith; y finalmente hay cuatro ensayos sobre diversas regiones del mundo maya: Chikinchel, Yucatán, a cargo de Susan Kepecs; el norte de Belice, por Marilyn A. Masson; el Soconusco, por Jeanine Gasco, y finalmente los orígenes de los Kiché, por Geoffrey E. Braswell.

COMENTARIOS FINALES

En el capítulo final de la obra que se discute en estas páginas Frances Berdan, Susan Kepecs y Michael Smith mencionan que los investigadores se han enfocado en Mesoamérica desde hace mucho tiempo como una gran área cultural en la que sus habitantes compartieron varias tradiciones (estilos artísticos, lengua, estrategias de subsistencia, entre otras). Una ventaja de ver a esta gran área cultural desde el punto de vista del sistema mundial es que se establece una estructura amplia para entender la interacción de diversas gentes en todas las regiones.

Según estos autores, los aspectos dinámicos del sistema mundial mesoamericano del periodo Postclásico fueron el crecimiento demográfico, la proliferación de pequeños Estados, la gran diversidad de bienes de comercio, la comercialización de la economía, la aparición de nuevas formas de escritura y de iconografía, y finalmente nuevas formas de interacción estilística.

The Postclassic Mesoamerican world es un libro con un gran potencial para enriquecer los puntos de vista sobre las relaciones culturales dentro de la antigua Mesoamérica, así como nuestras perspectivas sobre esta gran área cultural. Aparte de poner al día la discusión sobre el sistema mundial mesoamericano, los trabajos reunidos por Smith y Berdan en este estupendo volumen seguramente servirán como catalizador o punto de arranque para futuras discusiones.

REFERENCIAS CITADAS

- BELTRÁN, Ulises, *Tarascan state and society in Prehispanic times: an ethnohistorical inquiry*, Disertación doctoral, Universidad de Chicago, 1982.
- BLANTON, Richard y G. FEINMAN, "The Mesoamerican world system". *American Anthropologist* 86, 1984, 673-682.
- BLANTON, Richard E., S.A. KOWALEWSKI, G. FEINMAN y J. APPEL, *Ancient Mesoamerica: a comparison of change in three regions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- BRAUDEL, Fernand, *The wheels of commerce*, Harper and Row, New York, 1982.
- , *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- CARRASCO, Pedro, "La economía del México prehispánico", en P. Carrasco y J. Broda (eds.) *Economía política e ideología en el México prehispánico*, México, Editorial Nueva Imagen, 1978.
- CHAPMAN, Anne C., "Port of trade enclaves in Aztec and Maya civilizations", en Karl Polanyi, C.M. Arensberg, y H.W. Pearson (ed.), *Trade and market in the early empires: economies in history and theory*, Nueva York, The Free Press, 1957, 114-153.
- DRENNAN, Robert D., "Long-distance transport costs in Prehispanic Mesoamerica", *American Anthropologist* 86(1), 1984a, 105-111.
- , "Long-distance movement of goods in the Mesoamerican Formative and Classic", *American Antiquity* 49(1), 1984b, 27-43.
- FRANKFORT, Henri, *Kingship and the gods: a study of ancient Near Eastern religion as the integration of society and nature*, University of Chicago Press, 1948.
- HASSIG, Ross, *Trade, tribute, and transportation: the sixteenth-century political economy of the valley of Mexico*, Norman, University of Oklahoma Press, 1985.
- , *Aztec warfare: imperial expansion and political control*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988.
- HEALAN, Dan, "Extracción prehispánica de obsidiana en el área de Ucareo-Zinapécuaro, Michoacán", en Eduardo Williams (ed.), *Los bienes estratégicos del antiguo occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2004.
- HOSLER, Dorothy, *The sounds and colors of power: the sacred metallurgical technology of ancient west Mexico*, Cambridge, MIT Press, 1994.
- , "El Manchón: un sitio de fundición de cobre en la Sierra Madre del Sur, Guerrero", en Eduardo Williams (ed.), *Los bienes estratégicos del antiguo occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2004 [en prensa].

- KELLEY, J. Charles, "The Aztatlán mercantile system: mobile traders and the northwestward expansion of Mesoamerican civilization", en M.S. Foster y S. Gorenstein (ed.), *Greater Mesoamerica: the archaeology of west and northwest Mexico*, Salt Lake City, University of Utah Press, 2000, 137-154.
- KEPECS, Susan, G.M. FEINMAN y S. BOUCHER, "Chichén Itzá and its hinterland: a world-systems perspective", *Ancient Mesoamerica* 5, 1994, 141-158.
- KEPECS, Susan y P. KOHL, "Conceptualizing macroregional interaction: world-systems theory and the archaeological record", en M.E. Smith y F.F. Berdan (ed.), *The Postclassic Mesoamerican world*, Salt Lake City, University of Utah Press, 2003, 14-20.
- KIRCHHOFF, Paul, "Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", *Acta Americana* 1, 1943, 92-107.
- LUMHOLTZ, Carl, *El México desconocido: cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental, en la tierra caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán*, México, Instituto Nacional Indigenista [1904], 1986.
- MASTACHE, Guadalupe, R. COBEAN y D. HEALAN, *Ancient Tollan: Tula and the Toltec heartland*, Boulder, University Press of Colorado, 2002.
- NICHOLSON, Henry B. y E. QUIÑOES KEBER, "Introduction", en Henry B. Nicholson y E. Quiñoies Keber (ed.), *Mixteca-Puebla: discoveries and research in Mesoamerican art and archaeology*, Culver City, Labyrinthos, 1994, pp. vii-xv.
- PEREGRINE, Peter N., "Introduction: world-systems theory and archaeology", en P. Peregrine y G.M. Feinman (ed.), *Pre-Columbian world systems*, Prehistory Press, Madison, 1996, 1-21.
- POLLARD, Helen P., *Tariácuri's legacy: the Prehispanic Tarascan state*, Norman, University of Oklahoma Press, 1993.
- , "The Political Economy of Prehispanic Tarascan Metallurgy", *American Antiquity* 52(4), 1987, 741-752.
- , "Tarascan external relationships", en M.S. Foster y S. Gorenstein (eds.), *Greater Mesoamerica: the archaeology of west and northwest Mexico*, Salt Lake City, University of Utah Press, 2000, 71-80.
- , "The Tarascan empire", en M.E. Smith y F.F. Berdan (eds.), *The Postclassic Mesoamerican world*, Salt Lake City, University of Utah Press, 2003, 78-86.
- REYMAN, Jonathan E., "Pochteca burials at Anazasi sites", en C.L. Riley y B.C. Hedrick (eds.), *Across the Chichimec sea: Papers in honor of J. Charles Kelley*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1978, 242-262.

- SANDERS, William y B. PRICE, *Mesoamerica: the evolution of a civilization*, Nueva York Random House, 1968.
- SANTLEY, Robert S. y K.G. HIRTH (editores), *Prehispanic domestic units in western Mesoamerica: studies of the household, compound, and residence*, Boca Raton, CRC Press, 1993.
- SLUYTER, Andrew, "Long-distance staple transport in western Mesoamerica: insight through quantitative modeling", *Ancient Mesoamerica* 4(2), 1993, 193-200.
- SMITH, Michael E., "Long-distance trade under the Aztec empire: the archaeological evidence", *Ancient Mesoamerica* 1(2), 1990, 153-170.
- , "Life in the provinces of the Aztec empire", *Scientific American* 277(3), 1997, 56-63.
- , *The Aztecs*, Londres, Blackwell, 1998.
- SMITH, Michael y F.F. BERDAN, "Postclassic Mesoamerica", en M.E. Smith y F.F. Berdan, *The Postclassic Mesoamerican world*, Salt Lake City, University of Utah Press, 2003a, 3-13.
- , "Spatial structure of the Mesoamerican world system", en M.E. Smith y F.F. Berdan (eds.) *The Postclassic Mesoamerican world*, Salt Lake City, University of Utah Press, 2003, 21-34.
- TOYNBEE, Arnold, *Mankind and mother Earth: a narrative history of the world*, Oxford, Oxford University Press, 1976.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *El moderno sistema mundial: la agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, (2 vols.), México, Siglo XXI Editores, 1979.
- WILLIAMS, Eduardo, "Introducción: perspectivas antropológicas sobre la alfarería", en E. Williams y P.C. Weigand (eds.), *Estudios cerámicos en el occidente y norte de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2001.
- WILLIAMS, Eduardo y P.C. WEIGAND, "Introducción", en Eduardo Williams (ed.), *Los bienes estratégicos del antiguo occidente de México*, El Colegio de Michoacán/Secretaría de Cultura de Jalisco, 2004[en prensa].
- WOLF, Eric R., *Europe and the people without history*, Berkeley, University of California Press, 1982.

FECHA DE ACEPTACIÓN DEL ARTÍCULO: 26 de mayo de 2004

FECHA DE RECEPCIÓN DE LA VERSIÓN FINAL: 1 de junio de 2004